

15. LA EUCARISTÍA: EN EL TRIDUO PASCUAL

El misterio pascual comprende la muerte y resurrección de Cristo. Nosotros lo celebramos cotidianamente en la Eucaristía; en la semana, el domingo tiene una preeminencia; en el año litúrgico es la Pascua la que tiene la preeminencia¹.

La Pascua se celebra durante tres días, el Triduo pascual, que empieza el jueves Santo por la noche con la Misa de la "Cena del Señor". Las celebraciones del viernes y de la vigilia entre el sábado y el domingo presentan el misterio pascual, sobre todo, en su dimensión histórica, mientras que el jueves santo nos lo transmite y hace vivir en su dimensión litúrgica².

Si consideramos el Triduo pascual como lo que realmente es, la celebración de un único evento, la luz del jueves iluminará también el viernes, pese a su tragedia, con la grandeza y la solemnidad de una celebración. Y en el jueves veremos el inicio del "duelo" entre la vida y la muerte, del que habla la secuencia del domingo de la resurrección.

Para entender un poco más el alcance de estos días intentemos tomar conciencia de lo que sucedió el primer "jueves santo" en aquella sala superior de Jerusalén, a la luz de los acontecimientos que siguieron.

El viernes, el drama llega a su culmen con la muerte de Jesús, precedida de actos de horrible violencia, que los Evangelios atestiguan con su relato. La actitud de ofrenda de sí mismo, que marca toda la vida de Jesús, encuentra ahora su epílogo material y cruento sobre el Calvario.

La Última Cena se realiza alrededor de una mesa, en el contexto de un banquete de carácter litúrgico, que es en cierto modo solemne; la pasión y el Calvario son de una terrible violencia, la más brutal agresión cometida a un inocente. En ambos acontecimientos Jesús es el protagonista.

El enlace entre los dos momentos se encuentra en las palabras nuevas que Jesús inserta en el ritual del banquete pascual: «Tomad y comed... Tomad y bebed...». En estas palabras debemos ver la interpretación de lo que sucedería al día siguiente. El Calvario agregará la materialización del acto a una ofrenda que, en Jesús, ya estaba completa. Él no quiso que el momento culminante de su vida se realizase sólo en la brutalidad de un acto de sangre, sino que lo quiso incluir en el contexto de un acto litúrgico.

Con sus palabras quiso explicarnos el significado del viernes santo, de todo el acontecimiento pascual y de toda su vida.

¹ Cfr. Misal romano.

² Cfr. S. MARSILI, II "triduo sacro" e il giovedì santo, en "Revista litúrgica" 1968, 1.37.

¿Qué hubiéramos entendido de cuanto aconteció el viernes, si Jesús no nos hubiese revelado su interpretación? La interpretación no quita al drama lo que tiene de trágico, pero, poniéndolo en el contexto de una liturgia, le confiere toda la grandeza y dignidad de una celebración.

Con sus palabras, Jesús nos manifiesta que la ofrenda de sí mismo "por las multitudes", por todos, es una ofrenda que, antes que en la crueldad del acto exterior se cumple ya en el secreto del amor. Podemos pensar que Jesús pone su vida tan alto, en las manos del Padre, que en realidad «nadie me la quita», como dice en Jn 10,18.

Para captar el alcance del acontecimiento pascual, debemos considerarlo en la estrechísima unión que hay entre el jueves, el viernes y el amanecer del domingo.

Habíamos visto ya que algunas de las palabras del ritual del banquete pascual pueden interpretarse como expresiones de fe en la resurrección.

Las palabras mismas de Jesús sobre el pan, que es "su Cuerpo", se unen estrechamente al «Bendito seas, Señor, Dios del universo, que hace brotar el pan de la tierra». El salmo 118,17 dice explícitamente: «No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor».

La ofrenda que Jesús hace de sí mismo tiene como trasfondo toda una tradición bíblica, que se remonta al sacrificio de Isaac, en el que la tradición cristiana ve la expresión de la fe en la resurrección.

El jueves por la tarde, Jesús revela a los suyos la integridad del misterio pascual celebrándolo anticipadamente junto a ellos. Y así, continúa haciéndolo a lo largo del tiempo en la actualización eucarística.

Entre la mesa de aquel jueves santo y nuestra mesa eucarística hay, por tanto, una conexión directa. La semejanza en la forma no debe hacernos olvidar, sin embargo, que ya en el Cenáculo se celebra el misterio pascual en su integridad, y que en la Misa está presente el Cristo que venció la muerte.